SIN EL BENEFICIO DEL CLERO: PRESERVANDO LA FE EN JAPÓN

Rev. Anthony Cekada

The Roman Catholic, febrero de 1981

«Llegada de San Francisco Javier a China»
por Joseph-Marie Vien (1716-1809)

A menos que seas un católico que acaba de regresar de un vuelo espacial de veinte años, no te sorprenderá saber que no hay muchos sacerdotes que celebren la Misa tradicional en estos días.

El hecho de que haya tan pocos sacerdotes tradicionales es una fuente continua de desaliento para los laicos en todas partes del país. La mayoría de los grupos de católicos tradicionales atendidos por la Fraternidad San Pío X se consideran afortunados si un sacerdote puede volar una vez al mes para ofrecer misa, escuchar confesiones y atender sus necesidades espirituales en

un corto período de tiempo antes de verse obligado a volar a otro grupo similar.

Aunque la Sociedad ya ha sido bendecida con seminaristas en número considerable, se necesita tiempo para preparar a estos jóvenes para la asombrosa responsabilidad que un día será suya. Mientras tanto, los sacerdotes ya ordenados los sacerdotes ya ordenados se dedican a una «acción de mantenimiento».

No sería exagerado decir que, si cien nuevos sacerdotes de la Fraternidad aparecieran milagrosamente mañana, estos aún no serían suficientes para satisfacer la demanda. Semana tras semana, las solicitudes llegan: algunas de los centros de misa a los que la Sociedad ya sirve, solicitando misa con más frecuencia, otras de personas en otros lugares, solicitando misa solo una vez al mes.

En prácticamente todos los lugares, uno escucha las mismas frases una y otra vez: “Padre, diga misa todos los domingos por la mañana aquí a las 10:00 y observe cómo crecen las multitudes” o “Ven a vivir aquí. Padre. Tendremos que comprar otra iglesia, porque estaremos a punto de estallar”.

Con siete sacerdotes-miembros de la Sociedad en el Distrito y un afiliado dedicado, será imposible cumplir con estas solicitudes por un tiempo y, mientras tanto, hay muchos católicos tradicionales que tendrán que “aguantar” lo mejor que puedan.

“Pero —dirán muchos— ¿cómo se puede esperar que nos aferremos a nuestra fe durante los próximos años hasta que se ordenen más seminaristas si no tenemos sacerdotes que nos ayuden ahora? ¿No es imposible lo que preguntas?”

Para responder a esta pregunta, nos dirigimos a un capítulo glorioso de la historia de la Iglesia, la historia de los católicos en Japón. Estas almas pudieron conservar su Santa Fe de tal manera que pudieron transmitirla de generación en generación frente a una amarga persecución que duró siglos. No tuvieron sacerdotes a quienes acudir para recibir los sacramentos y ser instruidos durante más de doscientos años.

Seguramente, como hijos débiles de esta generación que somos, podemos aprender mucho de ellos sobre el tipo de fe que deberíamos tener en nuestro tiempo.

La conversión de Japón a la fe católica

Europa escuchó por primera vez sobre la existencia de Japón a través de los relatos del explorador Marco Polo en 1298. Durante el tiempo que pasó en la corte de Kublai Kahn, aprendió bastante sobre el imperio insular, pero no fue hasta 1542 cuando el primer europeo, el explorador portugués Méndez Pinto, pisó su suelo. Encontró dos religiones paganas coexistiendo en Japón: el budismo y el sintoísmo.

En 1549, San Francisco Javier y cinco compañeros desembarcaron en Japón y comenzaron la labor de conversión del pueblo. El trabajo de los misioneros jesuitas bajo la dirección del Santo fue tan exitoso que en 1582 había 250 iglesias en todo el imperio, a las que asistían 200.000 fieles. El

Los jesuitas convirtieron a innumerables conversos entre los príncipes del imperio y ganaron el favor del Shogun, o principal caudillo del imperio.

Sin embargo, en 1587, Hideyoshi se convirtió en shogun y, bajo la influencia de los bonzos (monjes budistas), emprendió un programa limitado de persecución contra el cristianismo. Él emitió un decreto ordenando la destrucción de todas las iglesias católicas y la expulsión de todos los sacerdotes del imperio. Sin embargo, los príncipes cristianos lograron que el shogun mitigara algunas disposiciones del decreto hasta el punto de permitir que el obispo jesuita Pedro Martínez ejerciera su cargo episcopal en todo Japón. Sin embargo, en julio de 1596, cuando el número total de cristianos en todo Japón ascendía a 300.000 atendidos por 134 sacerdotes, tuvo lugar un suceso que confirmó las peores sospechas del shogun y le llevó a emprender una persecución a gran escala de la religión cristiana en el imperio.

El capitán de un barco español tuvo dificultades para conseguir tránsito libre para parte de su carga, e intentó intimidar a los funcionarios imperiales presumiendo del poder de España y mostrándoles un mapa de las posesiones españolas en todo el mundo. Cuando los funcionarios asombrados le preguntaron cómo España llegó a ser tan poderosa, les dijo que la actividad de los misioneros se utilizaba como medio para subvertir al pueblo y prepararlos para la conquista militar.

Esta desafortunada declaración fue transmitida al Shogun, y pronto comenzó la persecución. Los gobernadores de las ciudades hicieron listas de todos los que tuvieron contacto con los misioneros y comenzaron a encarcelar sacerdotes y religiosos. Los fieles se prepararon para la persecución

que se avecinaba, y muchos grandes señores del imperio fueron tan valientes que incluso visitaron a los misioneros en prisión.

La sangre japonesa se derrama por la fe

El primer grupo de mártires era pequeño, contaba con solo veinticuatro personas, incluyendo nueve sacerdotes y quince laicos japoneses (tres de ellos monaguillos). Durante un mes, fueron torturados públicamente y obligados a marchar por diferentes ciudades. Dos cristianos más se unieron finalmente a ellos. En el camino a Nagasaki, se detuvieron para recibir el sacramento de la confesión en Urakami, y luego fueron martirizados en Tateyama, lugar que los cristianos japoneses han conocido desde entonces como la Montaña Sagrada. Se les habían preparado veintiséis cruces, y estaban atados con cuerdas y collares de hierro. Comenzaron a cantar el Cántico de Zacarías y a rezar por la conversión de Japón. Justo cuando los verdugos avanzaban para asestar el golpe final, uno de los monaguillos entonó el cántico "Alabad el nombre del Señor, hijos del Señor", pero su canto fue interrumpido por la estocada de la lanza. Cada defensor de la fe invocaba los nombres de Jesús y María antes de que fueran enviados al paraíso.

El shogun Hideyoshi murió en 1598, y dado que su heredero tenía solo seis años, el regente, Yeyasu, obtuvo el título en 1604. Yeyasu dedicó los primeros quince años de su reinado a consolidar su poder, por lo que tuvo poco tiempo para perseguir lo que los bonzos llamaban "la Perversa Religión de Jesús". Durante este tiempo, hubo varias persecuciones sangrientas, pero fueron puramente locales. La sangre de los mártires volvió a ser la semilla de la Iglesia, y para 1605 había unos 1.800.000 cristianos japoneses. Jesuitas, franciscanos, dominicos y agustinos abrieron no solo iglesias, sino también hospitales y orfanatos en casi todas las provincias del país.

Para 1611, los misioneros habían establecido una academia frecuentada por miembros de la corte imperial interesados en las matemáticas. Uno de los príncipes incluso envió un enviado al papa Paulo V, que le nombró ciudadano de Roma y senador. El enviado fue finalmente bautizado en Madrid en presencia del rey Felipe III y Ana de Austria. La perspectiva de convertir todo Japón al cristianismo parecía inminente hasta la llegada de los holandeses en 1609 y de los ingleses en 1611.

A los holandeses se les permitió establecer una agencia comercial en la isla de Hirado, y en 1640 algunos de sus comerciantes pudieron comenzar

a comerciar en Deshima. Desde el principio intentaron envenenar la mente del shogun Yeyasu con relatos de una conspiración católica contra Japón. Retrataban a cada sacerdote como un agente del rey español predicando la subversión. No se sabe si realmente creía estar en peligro real, pero quizás pensaba que al menos podría librarse de sus rivales persiguiendo a los príncipes cristianos del imperio.

En 1613 convocó a catorce señores de su corte y les ordenó renunciar a la religión católica o les confiscaría todos sus bienes. Prefirieron la pobreza a la apostasía. Pronto comenzó el derramamiento de sangre.

Cuando ocho personas fueron enviadas a ser quemadas en la hoguera, entre ellas tres señores de la corte, 20.000 compañeros cristianos aparecieron en las puertas de la prisión y las acompañaron al lugar de la ejecución, recitando el Rosario. Cuando las llamas comenzaron su trabajo, las cuerdas de uno de los mártires, un niño de doce años, se soltaron. En lugar de huir a un lugar seguro, se arrojó a los brazos de su madre llorando “Jesús, María.”

Los misioneros son desterrados

Durante los dos años siguientes, todos los misioneros fueron deportados a Filipinas, salvo unos pocos que lograron esconderse. Yeyasu murió en 1615 y fue sucedido por su hijo, quien continuó la búsqueda de los misioneros restantes, masacrándolos cada vez que los encontraban. En 1619

quemó a cincuenta hombres, mujeres y niños en Myako, y a muchos otros en todo el reino.

En 1621, los holandeses y los ingleses capturaron un barco español frente a la costa y entregaron a los pasajeros y la tripulación a los funcionarios imperiales, quienes les prometieron libertad si despreciaban su religión. Dos de los pasajeros eran sacerdotes y fueron quemados en la hoguera. Trece miembros de la tripulación se negaron a apostatar y fueron decapitados.

En 1622, veinte sacerdotes y treinta dos miembros de la aristocracia japonesa fue ejecutada tras haber sufrido torturas inimaginablemente crueles.

Para 1624 la persecución era universal en todo el imperio y estaba bien documentada por los comerciantes holandeses que ayudaron al Shogun en su campaña por su odio a la fe católica. Es difícil documentar el número exacto de quienes murieron por la Fe durante estas primeras persecuciones. Estamos seguros de que al menos 200 misioneros fueron mártires, y la mayoría de las autoridades sitúan el número de mártires entre los laicos en unos 2.000.000.

En 1637, más de 37.000 cristianos adultos varones de la provincia de Arima, liderados por un príncipe cristiano, se levantaron en rebelión contra los paganos. El Shogun los sitió inmediatamente con unos 80.000 soldados. Con la ayuda de los holandeses, que les habían proporcionado una batería de artillería, los soldados imperiales masacraron a todos los cristianos.

Después de esto, pasarían más de dos siglos antes de que un cristiano pudiera entrar en Japón sin renunciar al Salvador ni sacrificar su vida. El Shogun no hizo excepción a esta regla, ni siquiera para los comerciantes protestantes holandeses. Todos los europeos debían pisotear una imagen de la Cruz en cuanto bajaran del barco en suelo japonés, un gesto que el shogun consideraba prueba suficiente de apostasía. Los holandeses hicieron esto sin dudarlo, ya que deseaban continuar el lucrativo comercio que habían iniciado con los japoneses. Los oficiales holandeses continuaron asistiendo a los funcionarios imperiales que examinaban y torturaban a los cristianos.

Para entonces, apenas quedaban sacerdotes para celebrar misa o administrar los sacramentos a los numerosos cristianos que perseveraban. Con la excepción de algún misionero ocasional que lograba colarse en el país sin ser visto, los fieles se quedaron a su suerte para preservar su fe lo mejor

posible. Cuando murió el último de los pocos sacerdotes nativos japoneses que quedaban, el Santo Sacrificio de la Misa era solo un recuerdo en el corazón de la mayoría de los cristianos.

No obstante, los laicos continuaron practicando y preservando todo lo que podían sin sacerdotes. Bautizaban a sus hijos por su cuenta, y les instruían en los rudimentos de la fe católica generación tras generación. Recitaban sus oraciones juntos y veneraban imágenes de Nuestro Señor y Nuestra Señora, que, sin embargo, estaban obligados a mantener ocultas de los ojos paganos. Relataban las gloriosas muertes de sus antepasados que murieron por la fe. Aunque muchos se descarriaron durante los doscientos años que transcurrieron antes de que la misa y los sacramentos regresaran al Japón, muchos mantuvieron la Fe y muchos, sin duda, fueron salvados.

La misa regresa, los fieles se regocijan

En la década de 1860, Japón empezó a mirar hacia otros países para lograr un comercio a mayor escala. Muchos países católicos establecieron delegaciones diplomáticas en Japón, y consideraron necesario enviar sacerdotes con ellos para servir a los diplomáticos. Los europeos obtuvieron permiso del gobierno japonés para construir iglesias dondequiera que establecieran un consulado. Los sacerdotes asignados a estas delegaciones pronto comenzaron a descubrir cosas sorprendentes.

El 17 de marzo de 1865, el padre Petitjean, asignado a servir en la recién construida iglesia europea de Nagasaki, se fijó en un grupo de japoneses de pie frente a la puerta cerrada de la iglesia, y le parecía que su actitud era más de respeto que de curiosidad. Abrió la puerta de la iglesia y entró, seguido por el pequeño grupo. Cuando llegó al comulgatorio, se arrodilló y se sorprendió al notar que tres mujeres del grupo se arrodillaron a su lado. Dando gracias a Dios por las palabras que salían de corazones tan dispuestos, se levantó.

De repente, una de las mujeres, con la mano sobre el pecho, se acercó a él, miró rápidamente alrededor de la iglesia y susurró:

“Todas estas personas tienen corazones como el tuyo”, una expresión japonesa que significa que su fe era la misma que la suya.

“¿De dónde vienes?” preguntó el sacerdote. “De Urakami. En Urakami, casi todos tienen el mismo corazón que nosotros. ¿Dónde está la imagen de Santa María?”

El sacerdote condujo al pequeño rebaño hasta el altar de Nuestra Señora. Imagina la alegría que sintió cuando se arrodillaron y los oyó decir:

“¡Sí, sí! Esta es, sin duda, Santa María. Sostiene en sus brazos a su augusto Hijo.”

La imagen del Niño Jesús recordaba a estas almas la Natividad, que celebraban en el undécimo mes. Uno de ellas habló:

“Celebramos la fiesta de Nuestro Maestro, el Señor Jesús, en el vigésimo quinto día del mes de las Heladas. Nos ha sido transmitido que a medianoche de ese día nació Jesús en un establo; que después creció en la pobreza y el sufrimiento; y que cuando tenía treinta y tres años murió en la Cruz por nuestra salvación. Justo ahora estamos en tiempos de los dolores.”

Cuando otros japoneses entraron en la iglesia, el grupo intentó esconderse, pero pronto reconocieron a los recién llegados como personas de su propio pueblo que “compartían el mismo corazón”. Poco después, todos partieron, temiendo ser descubiertos y perseguidos por funcionarios gubernamentales que, solo seis años antes, habían encarcelado a treinta cristianos de Urakami por sus prácticas religiosas. Diez de los encarcelados habían muerto.

En este punto, dejaremos que el padre Petitjean hable por sí mismo citando extractos de su diario:

18 de marzo: “Desde las diez de la mañana hasta la noche, estos grupos se suceden unos a otros. Los oficiales japoneses, alarmados por esta extraordinaria asistencia, envían a uno de los suyos a la iglesia cada cuarto de hora.”

19 de marzo: “Igual que ayer. Muchos japoneses permanecen en la iglesia, incluso en misa, y entre ellos puedo reconocer a nuestros cristianos. A las cuatro y cinco, llegan a venerar el crucifijo. Les enseño a hacer el Signo de la Cruz, porque están acostumbrados a hacerlo marcando una cruz con el pulgar derecho en la frente y el pecho. Siempre nos preguntan nuestros nombres, diciéndonos que sus nombres son Pedro, Pablo, Juan, Domingo, etc.”

20 de marzo: “El número de visitantes aumenta: todo el barrio está atónito: los funcionarios han montado guardia alrededor de la iglesia. Como ayer, hoy también. Nos abstenemos de mostrarnos en la iglesia, ya que la menor imprudencia comprometería a estas pobres criaturas. Cuando por casualidad podamos enviarles algo, les decimos que vuelvan mañana, que los funcionarios los están vigilando...”

21 de marzo: “Los funcionarios siguen de guardia. Cristianos y paganos se mezclan entre la multitud. Reconocemos a los primeros por la forma de poner sus manos sobre el pecho cada vez que nos miran a la cara. Les decimos que vengan solo una vez cada quince días, para que no se expongan a la venganza del gobierno. Entienden que sus vidas están en peligro, pero su celo es invencible.”

22 de marzo: “Los cristianos sin duda han seguido nuestra recomendación, pues ahora vienen en menor número; por eso los funcionarios o bien se mantienen alejados o vienen sin sus espadas. Hemos podido hablar con algunos de nuestros amigos y hemos decidido encontrarnos con ellos mañana en una montaña cerca de la ciudad. Esperamos que nos respondan a ciertas preguntas. Por ejemplo, ¿han preservado estos ‘viejos cristianos’ la integridad de la forma del bautismo y han conservado el conocimiento de los misterios esenciales de la fe cristiana? ¿Rezan regularmente?”

Preservando la fe con la ayuda de María

23 de marzo: Hemos regresado de nuestro punto de encuentro. Solo uno de nuestros amigos estaba allí, pero nos dio información muy importante. A pesar de la persecución, Urakrami nunca ha dejado de albergar a muchos cristianos. El Santo Bautismo se ha administrado regularmente; se han observado los domingos y días festivos. Oran a Dios e invocan a la Santísima Virgen María, a sus ángeles guardianes, a sus santos patronos. Pablo, mi informante, ha prometido presentarme al ‘Bautizador’ de Urakrami en una casa que es frecuentemente visitada por europeos, cuyo amo es cristiano... A doce leguas de Nagasaki hay otro pueblo cristiano, aunque menos poblado que Urakrami; y quizás descubramos muchos otros a medida que avanzamos más en el país.”

Durante el mes siguiente de mayo, los dos sacerdotes en Nagasaki descubrieron varias comunidades de “viejos cristianos”. Un joven de las islas

Goto, curioso por la multitud, entró en la iglesia y, al ver la estatua de Nuestra Señora, supo que estaba en una iglesia cristiana. Se topó con los sacerdotes y les dijo que su familia era de Nagasaki y que habían huido de la persecución dos siglos antes. Dijo que su familia había preservado la fe de forma inviolable, y que había mil cristianos en la isla donde vivía.

Unos días después. El padre Petitjean rezaba en el altar de Nuestra Señora cuando dos hombres se le acercaron. Le dijeron que habían llegado a la iglesia por una ruta indirecta para burlar a la policía. Decían que en sus montañas había mil quinientos cristianos, pero que no tenían imágenes religiosas, ya que el gobierno las había confiscado. Pidieron algunas imágenes religiosas para poder ser ayudados en sus oraciones.

El 15 de mayo llegó una delegación que representaba a los cristianos de la isla de Kaminoshima, encabezada por el hombre que hacía los bautismos para el grupo. Pronunciaba correctamente las palabras que usaba al administrar el Sacramento del bautismo, y los sacerdotes descubrieron que la forma era válida. Contó a los sacerdotes asombrados cómo sus compañeros cristianos recitaban el Rosario y el Acto de Contrición, especialmente en la hora de la muerte. Quería saber el nombre del "Gran Sacerdote" que era el "Gran Jefe del Reino de Roma." Cuando la delegación estaba a punto de partir, el "Bautizador" preguntó tímidamente al padre Petitjean:

"¿Tienes hijos?"

"El buen Dios nos ha dado a todos vuestros compatriotas como a nuestros hijos. Otros hijos no podemos tener; pues al igual que los primeros sacerdotes que llegaron a Japón, estamos atados al celibato", respondió el sacerdote.

Entonces todo el grupo cayó de rodillas, tocó el suelo con la frente y exclamó:

"¡Son vírgenes! ¡Gracias! ¡Gracias!"

Las almas sencillas habían oído unas semanas antes que algunos cristianos de Urakami, que visitaban Nagasaki, habían visto una cruz en el campanario de una iglesia protestante recién construida. Entraron y hablaron con el ministro, quien les invitó a traer a sus esposas a los servicios, añadiendo que su propia esposa estaría encantada de hablar con ellos. Entonces quedó claro para los japoneses que el ministro no estaba hecho del mismo molde que San Francisco Javier, y que no debían tener nada que ver con él.

El padre Petitjean supo que los “viejos cristianos” tenían otro método para determinar si un misionero era miembro de la Iglesia que buscaban. Preguntarían: “¿Tienes el Gran Reino de Roma y tu reino el mismo corazón? ¿Has sido enviado por el Gran Jefe del Reino de Roma?”

El padre Petitjean hizo un descubrimiento tras otro en sus viajes por Japón, y muchos otros sacerdotes europeos vivieron experiencias similares. Aunque el número de cristianos japoneses no era en absoluto tan grande como en el siglo XVII, muchos conservaron la “fe de sus padres”.

A pesar de ello, el progreso de los misioneros que siguieron al padre Petitjean fue lento, y los días de las conversiones masivas a la fe ya habían desaparecido. Incluso en nuestros tiempos, es triste señalar que los católicos siguen siendo una minoría muy pequeña en Japón.

Los católicos tradicionales deberían encontrar algo de consuelo en este relato. Si acaso, la situación actual es mucho mejor que la que enfrentaron los católicos japoneses durante esos doscientos años, cuando se vieron obligados a preservar la fe y transmitirla a sus hijos sin siquiera una visita ocasional de un sacerdote para celebrar misa, escuchar confesiones, predicar y ayudar a los moribundos.

Para poner la cuestión en una perspectiva adecuada, los católicos deberían preguntarse si su fe sería tan fuerte como la de los japoneses. Si todos los sacerdotes tradicionales desaparecieran de la faz de la tierra, uno se pregunta qué encontrarían entre los descendientes de los católicos tradicionales actuales si regresaran después de doscientos años. Muchos, sin duda, habrían abandonado cualquier religión por completo; muchos, sin duda, habrían regresado a los *bonzos* de la Iglesia Conciliar por conveniencia. Sin embargo, uno esperaría y rezaría para que la gran mayoría hubiera preservado intacta la Fe Católica y estuviera lista, si fuera necesario, para transmitirla a las futuras generaciones y que muchas más almas pudieran ser salvadas.